

sufrió, sin embargo, esa que se llama *segunda muerte*, y que, como observa San Agustín, retiene en un cuerpo, como á su pesar, un alma que quería separarse de él (1).

Este segundo género de muerte fué para María, añade San Amadeo, mucho más doloroso que si hubiera sufrido el primero en esta triste y penosa circunstancia; porque sentir todos los dolores de la muerte, y sin embargo, no morir, es una cruel angustia, un dolor desgarrador, una desconsoladora agonía y un fuego interior que atormenta, que abrasa y consume; es una muerte peor que todas las muertes (2). María, por consiguiente, dice San Bernardo, vive y no vive, muere y no muere. Ella vive muriendo, Ella muere viviendo, Ella muere de no poder morir, Ella vive una vida más penosa que la muerte. ¡Muerte la más misteriosa y la más inefable después de la de su Hijo! Jesús muere, pero sólo en el cuerpo; María muere, pero sólo en el corazón (3).

(1) Prima mors animam nolentem pellita corpore, secunda mors animam nolentem tenet in corpore. (S. Aug.)

(2) Inter hæc Dei Genitrix consternabatur animo; quia ibi mceror, ibi dolor, ibi agonía, ibi estus animi, ibi incendia, ibi mors morte durior, ubi vita non tollitur, et mortis angustia tolleratur. (S. Amad.)

(3) Moriebatur vivens, vivebat moriens, nec mori poterat quia vivens mortua erat... ille etiam mori corpore potuit, ista etiam commori corde non potuit. (S. Bernard.)

## CAPITULO IX

La crucifixión de Jesucristo causa á María un dolor inmenso, que Ella sufre con una fortaleza sobrehumana. De este modo concurre á la expiación del pecado, como Eva había concurrido á su consumación. Historia de Respha, esposa de Saúl; figura de este misterio.

El martirio del tierno corazón de María no puede expresarse ni concebirse. San Amadeo reconoce un milagro del poder divino en la actitud sublime de María asistiendo, como espectadora magnánima, á los tormentos y á la muerte de Jesucristo (1).

Es verdad que nada de lo que ve sufrir á su Hijo es nuevo ni imprevisto. Ya hay treinta años que conoce clara y distintamente estos crueles tormentos y esta muerte dolorosa con sus más pequeñas circunstancias, y durante este tiempo ha tenido fija en su espíritu la idea más viva de ella, así como ha tenido clavada constantemente en su corazón la espada profética. Mas la vista de la realidad causa en Ella la conmoción más violenta, renueva y le hace experimentar en un instante todos los dolores que experimentó en el discurso de tantos años. La herida cruel anunciada por Simeón se hace entonces más ancha y más profunda. Lo que su corazón presagiaba le parece más espantoso que lo que

(1) Opus fortitudinis, Christo moriente et Matre ascipiente exhibitum est. (S. Amad.)

había podido prever; el hecho es superior á su previsión; sus temores se han quedado inferiores á la realidad. La escena, pues, tiene todo el aspecto de la novedad. Su dolor tiene la impresión viva y punzante de la sorpresa. Parece, pues, que no hay pena alguna mayor que la que inunda su corazón; pero no es así. El milagro de sus sufrimientos es inferior al milagro de su silencio y de su tranquilidad. En el templo no pidió razón ó explicación de la profecía, ni ahora en el Calvario hace oír una sola queja por su cumplimiento. Su temor entonces no fué inquieto, ni ahora su dolor es impaciente. Su tranquilidad por lo pasado y su resignación por lo presente anuncian un alma de un temple sobrehumano, y digna tan sólo de la Madre de Dios. Ved en María, dice el mismo Padre, cómo el continente de un pudor severo está embellecido y ennoblecido con el vigor de una constancia sobrehumana (1). Su aflicción llega á su colmo, y, sin embargo, Ella no da un solo gemido; sus padecimientos son sucesivos, y, sin embargo, su ánimo no se abate; Ella está en pie, inmóvil, constante y sublime, con una grandeza de alma que sobrepuja á la grandeza de su dolor (2).

¡Gloria y honor al sexo femenino!, añade San Anselmo. En tanto que los hombres que son discípulos de Jesús huyen vergonzosamente, esta Mujer fuerte, á

(1) In tanta adversitate posita nec resolvit pudorem verecundiæ, nec amisit vigorem constantiæ. (*S. Anselm.*)

(2) Nec dolor excusit lacrimas, nec animum pœna dejecit, Stabat sublimissima quadam animi magnanimitate. (*Ibid.*)

pesar de ser su Madre, permanece á pie firme junto á la cruz de su Hijo, y participa allí de todos sus tormentos. El prodigio del pudor virginal se muestra en Ella unido al prodigio del valor. Su mismo Hijo, por cuyo amor padece, la sostiene y la fortifica con su fe. Su semblante no manifiesta señal alguna de impaciencia; sus labios no pronuncian una sola palabra de queja, de maldición ni de venganza. Su corazón está colmado de amargura, y su semblante está impasible. Su alma está inundada de tristeza, y sus ojos están enjutos. ¡Maravillosa armonía de pudor y de fortaleza, de paciencia y de amor! La más pura, la más delicada y la más tímida de todas las vírgenes, es la más paciente, la más magnánima y la más heroica de todas las mujeres (1).

De este modo la flaqueza de Eva en el paraíso terrenal debía encontrar un noble contraste en la fortaleza de María en el Calvario; así como la sensualidad de Adán encuentra, no sólo un contraste, sino un remedio en los agudos tormentos de Jesucristo. Adán no está solo al pie del árbol para consumir el pecado, ni Jesucristo tampoco está solo en la cruz en el momento en que satisface por el pecado. Eva fué la cómplice y la compañera del primero en su orgullo, en su sensua-

(1) Discipulis fugientibus, cunctis recedentibus viris, in gloriam totius feminei sexus inter tot præssuras Filii sui constanter ipsa sola stabat in fide Jesu firma, et pulchre stabat, ut decet pudicitiam virginalem. Non se laniebat in tanta amaritudine, non maledicebat, non murmurabat, nec hostium vindictam à Deo petebat; sed stabat disciplinata, verecunda Virgo, patientissima, lacrimis plena, doloribus immersa. (*S. Anselm.*)

lidad y en su placer, y María fué la compañera en sus padecimientos, en sus humillaciones y en sus dolores. Salmerón observa que entre la figura y el objeto figurado no hubo más diferencia sino que en el paraíso terrenal la mujer fué la primera que se colocó al pie del árbol funesto, que cogió y comió la fruta que la emponzoñó y la dió la muerte; que ella fué quien la presentó al hombre, asociándolo así á su muerte y á su pecado; mientras que en el Calvario, el HOMBRE fué el primero que cogió y gustó el fruto amargo de la cruz, haciendo después participante de él á la Mujer; así, pues, la culpa principió por la mujer, y el Hombre tomó la iniciativa en la satisfacción (1).

Eva había podido pecar sin Adán, pero María no puede expiar el pecado sin Jesucristo. Jesucristo solo es Dios, solo es santo é inocente por su naturaleza y su esencia. Su sacrificio solo, sus padecimientos solos son de un valor infinito, y tiene la virtud de expiar las culpas de otros, sin tener nada que expiar en sí mismo. La satisfacción, pues, debía comenzar por Aquel que por sí sólo era capaz de cumplirla. María se asocia á esta satisfacción, porque es necesario que al pie del árbol que nos salva se encuentre una Mujer con el

(1) *Ut ruina ex eo secuta est, quod mulier, ad lignum scientiæ accedens, comedit, ad proinde mortua est, et viro tradidit in mortem ad edendum; ita hic e contrario vir primo de ligno amaro crucis gustavit et feminae gustandum præbuit. Et uti à duobus casus mundi profectus est, ita salus et redemptio duobus, Christo et Maria proficiscitur. (Salmeron.)*

HOMBRE nuevo, así como se encontraba una mujer con el hombre viejo al pie del árbol que nos perdió (1).

Siendo, pues, llamada María á participar de los tormentos de su Hijo por un fin tan noble, desempeña el cargo que Dios le confía, de cooperar á nuestra redención, con la misma firmeza que Eva manifestó en el cumplimiento del que le había confiado el demonio, de cooperar á nuestra ruina. En vano procuran alejar á María. Cuanto más la rechazan, tanto más se acerca al árbol de la cruz. Ella no dirige sus miradas ni su pensamiento sino al tierno objeto que está pendiente de la cruz. Ella no cesa un solo instante de devorar con avidez la amargura que, por medio de la vista, inunda su corazón. Y así como Eva permanecía en pie, inmóvil y atenta, con su espíritu y su corazón absortos en la contemplación de aquel árbol que fué la causa de la catástrofe del mundo, así también, dice San Ambrosio, María, con la vista fija é inmóvil como su persona (2), tiene su espíritu y su corazón absortos en Jesús crucificado. Con ojos religiosos y compasivos recorre una á una todas las heridas, bebe hasta la última gota y se embriaga de sus dolores; después los medita, los contempla y los aprueba, se complace en ellos y forma de ellos sus delicias; hace una ofrenda de ellos, conociendo que són la fuente inagotable de

(1) *Uti à duobus casus mundi profectus est, ita salus et redemptio à duobus, Christo et Maria, proficisceretur. (Salmeron.)*

(2) *Stabat. (S. Ambros.)*

la gracia y los títulos auténticos de la redención del mundo (1).

Cuando quitaron á Respha, esposa de Saúl, los dos hijos que había tenido de este príncipe, y los entregaron á los gabaonitas para ser crucificados, no se dice que esta madre infortunada hiciese resistencia, ni acusase el decreto cruel que la privaba de un modo tan bárbaro del fruto de sus entrañas, del báculo de su vejez. Sólo se dice que cuando estas dos desgraciadas víctimas fueron crucificadas en el monte, en presencia del Señor, su madre desconsolada corrió al lugar del sacrificio, extendió sus vestidos de luto sobre una piedra y permaneció allí inmóvil al pie del patíbulo de donde pendían los objetos de su ternura, espectadora animosa de aquella horrible escena. Después que recogió sus últimos suspiros, permaneció allí durante el estío, absorta en una tristeza profunda y un silencioso dolor, ocupada en guardar aquellos caros despojos y defenderlos de la voracidad de los animales (2).

Mas ¿qué pudo inspirar á aquella madre infortunada una resignación tan heroica y un dolor tan justo y tan profundo? Fué indudablemente el conocimiento que te-

(1) Expectabat piis oculis Filii vulnera, per quæ sciebat hominibus redemptionem futuram. (S. Ambros.)

(2) Tulit rex duos filios Respha... quos genuerat Sauli... dedit eos in manus Gabaonitarum, qui crucifixerunt eos in monte coram Domino... Tollens autem Respha... cilicium, sustravit sibi supra petram ab initio messis donec stillaret aqua... et non dimisit aves dilacerare eos per diem, neque bestias per noctem. (II Reg., xx, 8, 9, 10.)

nia de que el mismo Dios había exigido aquellas víctimas para expiar la sangre derramada injustamente por la raza cruel de Saúl, y de que la muerte violenta de sus hijos inocentes sería la salvación del pueblo y pondría fin al hambre que por espacio de tres años desolaba el país (1).

¿Y quién no conoce que esta lúgubre historia es una profecía muy clara del sacrificio de Jesucristo? El santo, el puro é inocente Hijo de María es inmolado para expiar los pecados de la raza de Adán, como los hijos inocentes de Respha fueron sacrificados por los delitos de la raza de Saúl. Estos son crucificados en el monte de Gabaá en la presencia de Dios (2). Jesucristo es crucificado en el monte Calvario, en la presencia del Padre celestial, y por un decreto suyo. La muerte de los hijos de Respha debía poner fin al azote que desolaba á Israel, y la muerte del Hijo de María debía hacer cesar las calamidades que affigían á todos los pueblos y reconciliar el cielo con la tierra. Respha se consuela de la pérdida de sus hijos al pensar en los beneficios que deben resultar de ella á su pueblo. María sufre con valor sobrehumano el suplicio de Jesucristo, pensando en los beneficios que van á resultar de él al mundo entero. La Escritura guarda silencio acerca de las demostraciones exteriores de dolor á que debió

(1) Facta est fames... tribus annis jugiter. Et consulit David oraculum Domini. Dixitque Dominus: Propter Saul et domum ejus sanguinem, quia occidit Gabaonitas. (II Reg., xx, 1.)

(2) Crucifixerunt... coram Domino. (Ibid., 9.)

abandonarse naturalmente la madre de aquellos dos hombres en una circunstancia tan lamentable; y esto es sin duda para indicarnos que ninguna demostración exterior de dolor debía alterar la resignación perfecta de la Madre de Dios, y que Ella debía asistir en persona á este gran sacrificio con la calma heroica que debe distinguir á un alma como la de María, profundamente sumisa á la voluntad de Dios, y á un corazón como el suyo, penetrado de la caridad más generosa por respecto á la vida espiritual de los hijos de los hombres.

Así, pues, lejos de oponerse á la dolorosa crucifixión de Jesucristo, se une con la voluntad y con el afecto al amor del Padre que la ha decretado, y á la obediencia del Hijo que se somete á ella voluntariamente (1). Ella se une á esta crucifixión de una manera tan perfecta, dice San Anselmo, que, si fuera necesario, concurriría de un modo activo, presentaría Ella misma los clavos, prepararía los martillos y ofrecería las cuerdas para atar á su Hijo al patibulo y colocar la Víctima en la hoguera, como hizo Abraham cuando se disponía á sacrificar á su hijo Isaac, según veremos después. Porque no puede imaginarse que una virtud como la de María, virtud que comienza donde acaba la de los santos, y que reúne en sí todo lo más sublime y más perfecto que se encuentra repartido entre todos los santos; no puede imaginarse, repito, que cuando se trata de inmolar á su propio Hijo, no tuvie-

(1) Factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. (Philip., II, 7.)

se la prontitud, la fortaleza y la grandeza de alma de Abraham (1).

Santa Matilde añade que no sólo estaban enjutos los ojos de María, y su fortaleza era invencible como la de Abraham, sino que con una especie de satisfacción, como convenía á la obediencia perfecta de la Madre de Dios, destinó su Hijo á la cruz, de acuerdo con el Padre eterno, para que fuese inmolido por la salvación del mundo (2).

(1) Ita divinæ voluntati conformis erat, ut si opportunisset ad implendam voluntatem Dei, ipsa Filium in cruce posuisset, atque obtulisset: neque enim minoris fuit obedientiæ quam Abraham. (S. Anselm.)

(2) Gaudens Filium suum pro mundi salute voluit immolari. (S. Mathil.)